

Pensadoras para el siglo XXI

Las aportaciones de las mujeres a la teoría merecen ser valoradas y difundidas. Desde las que escribieron para el feminismo –como Beauvoir– hasta las que –como Judith Shklar– revitalizaron el pensamiento liberal.

Libertad, igualdad y fraternidad

ELVIRA NAVARRO

E

N LA INTRODUCCIÓN a *El segundo sexo*, Simone de Beauvoir afirma haber dudado mucho antes de escribir un libro sobre la mujer. “Es un tema irritante, sobre todo para las mujeres, y no es ninguna novedad.

La polémica del feminismo ha hecho correr tinta suficiente, y ahora está prácticamente cerrada.” Al día de hoy, cuando el feminismo hace correr ríos de tinta, tal afirmación resulta chocante. Sin embargo, en realidad también era chocante entonces, y el propio libro de Beauvoir lo demuestra a pesar suyo, pues a esa afirmación le siguen casi mil páginas probatorias de dos cosas: que sobre feminismo estaba casi todo por decir y que la filósofa francesa escribe desde una vibrante contradicción. La contradicción es casi siempre el lugar más fértil para el pensamiento, pues obliga a revisar las propias resistencias, a poner en tela de juicio el posicionamiento de partida. Y ello implica, a su vez, atreverse a dejarlo atrás cuando se advierte el error. Marguerite Duras decía en *Escribir* que si supiera lo que iba a escribir antes de escribirlo no escribiría nada, pues ya estaría escrito. Y aunque ella era narradora, la sentencia vale lo mismo para el ámbito del pensamiento. ¿De qué sirve recorrer un conflicto si no es para arrojar un poco de luz, y qué luz no lleva a quien la descubre a otro lugar?

En Beauvoir la resistencia era fuerte. Ni siquiera se consideraba feminista tras pergeñar *El segundo sexo*, donde incluso llega a decir lo siguiente: “Muchas mujeres de nuestro tiempo, que han tenido la suerte de recuperar todos los privilegios del ser humano, pueden darse el lujo de ser imparciales. [...] Ya no somos, como nuestras mayores, unas luchadoras, más o menos, hemos ganado la partida.” Se hizo feminista más tarde, tras recibir cartas de lectoras de distintos países que le relataban sus experiencias, y que evidenciaban que la partida todavía estaba por ganarse.

¿Quién era la Simone de Beauvoir de antes de *El segundo sexo*, esa que consideraba haber recuperado todos los privilegios? Sin duda, una mujer que gozaba de reconocimiento y de una buena posición social. Tras una infancia marcada por la ruina económica y el deterioro de la relación entre sus padres, se abrió pronto paso por sí misma gracias a un ambicioso plan de vida concebido en su adolescencia, cuando decidió ser escritora. Estudiante brillantísima, se licenció en un tiempo récord en letras con especialización en filosofía, y a los veintiún años ya era profesora, oficio que ejerció en los liceos de Marsella, Ruán y París, hasta que en 1943, tras el escandaloso éxito que supuso la publicación de su novela de trasunto autobiográfico *La invitada* (argumento: triángulo amoroso entre dos adultos y una jovencita), es suspendida de la Educación Nacional a causa de una denuncia puesta por la madre de una de sus alumnas. Hacía algunos años que la escritora mantenía relaciones con sus pupilas, y también con algún alumno de Jean-Paul Sartre, quien era ya su inseparable *partenaire*. La pareja Beauvoir-Sartre abominaba, por ética, la moral burguesa. Su relación fue abierta, y aunque Sartre le pidió matrimonio, Beauvoir rechazó la propuesta por coherencia: pensaba que eso destruiría su independencia, basada en la libertad. Durante la Ocupación trabajó para la radio libre francesa, y tras la liberación de París se le permitió regresar a la docencia. En 1944 publicó el ensayo *Pyrrhus et Cinéas* [en español se tituló *¿Para qué la acción?*] y en 1945 la novela *La sangre de los otros*; y este mismo año fue cofundadora junto a Sartre, Albert Camus y Maurice Merleau-Ponty de una revista que logró ser una referencia política y cultural del pensamiento francés de mitad del siglo XX, *Les Temps Modernes*, por la que desfilaron escritores e intelectuales de primer nivel como Boris Vian, Raymond Aron, Samuel Beckett o Jean Baudrillard. En los años siguientes publicó tres libros más: la novela *Todos los hombres son mortales* (1946), el ensayo *Para una moral de la ambigüedad* (1947) y el diario de viaje *América día a día* (1948).

Así pues, cuando salió *El segundo sexo* en 1949, obra con la que se consagra definitivamente, Simone de Beauvoir estaba bien asentada. Su escritura responde, según relata ella misma en *La fuerza de las cosas* (tercer tomo de sus *Memorias*), a que, tras escuchar a mujeres

que habían rebasado los cuarenta años decir que habían vivido como “seres relativos”, quiso investigar todos los condicionantes que impedían a las féminas realizarse plenamente. Ella estimaba que no había corrido la misma suerte que esos “seres relativos”, y fue Sartre quien le recordó que había sido educada como un hombre, lo que la hizo reflexionar sobre sus circunstancias. En 1946 comienza el ensayo destinado a convertirse en una obra capital del siglo xx, y que vendría a ser, entre otras muchas cosas, una suerte de plan para el cumplimiento del programa ilustrado a través del feminismo. Son varios los frentes que aborda con una exhaustividad y un rigor que hacen que, al día de hoy, su lectura todavía siga siendo imprescindible para cualquiera que quiera formarse en la materia.

El abordaje es interdisciplinar. Dividida en dos partes (“Los hechos y los mitos” y “La experiencia vivida”), que a su vez se subdividen en otras tantas, *El segundo sexo* recorre distintos campos con sus respectivas tesis sobre por qué la mujer siempre ha sido considerada un ser inferior o, al menos, dependiente del hombre. La biología, la psicología psicoanalítica, el materialismo histórico, la Historia o los mitos son objeto de análisis y, en su caso, de refutación en “Los hechos y los mitos”, mientras que “La experiencia vivida” relata las distintas etapas de la vida de la mujer (la infancia, la juventud, la madurez y la vejez), dedicándole un capítulo al lesbianismo y deteniéndose en varias figuras recurrentes: la narcisista, la enamorada y la mística. El punto de partida es la consideración de la mujer como Otro absoluto, y lo que se rebate es el esencialismo presupuesto en esta división de contrarios (hombre y mujer) que jamás se reconocen el uno en el otro, que nunca mudan sus papeles: el hombre es el eterno sujeto y la mujer el eterno objeto, sometido y cautivo, condenado a la inmanencia de su condición. A la mujer la determina, en primer lugar, la biología. Según el existencialismo, que es donde se sitúa Beauvoir, las personas somos seres arrojados a la existencia que solo conquistamos nuestra entidad, esto es, que solo nos trascendemos, si somos capaces de ir más allá de nuestros condicionamientos biológicos y sociales afirmando nuestra libertad a través de los



proyectos que decidimos acometer, en un flujo continuo donde superamos lo que somos. Trascendencia se opone a inmanencia, y es el espacio en donde el ser humano justifica su existencia, la dota de sentido, la honra, a diferencia de la degradación que tiene lugar cuando no trasciende, cuando se queda en lo que simplemente le es dado, ya sea por voluntad propia o porque las circunstancias lo imposibilitan. Esto último da lugar a la frustración y a la opresión.

A la mujer se la ha impedido trascender interesadamente, ya que gracias a su permanencia en la casilla de la *Otra*, el varón siempre conserva algún privilegio, aunque sea irrisorio: si él mismo no trasciende, si es el último mono de su comunidad, siempre habrá, no obstante, alguien más insignificante que él,

la hembra, ante la que se asumirá superior. En este sentido, *El segundo sexo* puede leerse también como una teoría del ego en la medida en que este se afirma negando al otro. Por otra parte, de esta premisa, demostrada con solvencia en los diferentes campos que se abordan, se deriva la célebre sentencia de que “la mujer no nace, se hace”, idea popularizada y aceptada hoy con amplio acuerdo, sea por la vía positiva o la negativa, esta última especialmente en el ámbito de

la biología, pues la ciencia, como bien muestra Angela Saini en su libro *Inferior*, apoyando con datos la tesis de Beauvoir de que es la cultura la que interpreta la naturaleza, está determinada por la ideología, de tal manera que no hay modo de concluir que el varón sea superior a la hembra y sí, en cambio, que la ciencia no es un lugar neutro, independizado de la ideología (uso el término “ideología” en un sentido amplio, refiriéndolo al conjunto de ideas fundamentales de una persona, de una colectividad, de un tiempo y de una cultura), lo que explica que los resultados que arrojan no pocos estudios científicos se acaben pareciendo sospechosamente a los prejuicios de la época y de quienes los llevan a cabo.

Simone de Beauvoir, como luego le criticaría el feminismo de la diferencia, tampoco está a salvo de los prejuicios de su época y de su cultura. Postula que la mujer está más condicionada que el hombre en el ámbito biológico debido al mandato de la reproducción de

la especie, y que por tanto para ella es más difícil esa trascendencia que en los hombres parece casi “natural”. El modelo por el que se trasciende es, pues, masculino. Mientras que la maternidad es vista como sumisión a los ciclos de la vida, como inmanencia, la tarea del hombre se asimila a la del guerrero dispuesto a poner en riesgo su vida para aumentar el prestigio de la horda. La filósofa obvia que ahí el hombre está igualmente al servicio de la supervivencia biológica. La especie no solo se perpetúa pariendo, sino también cazando, protegiendo y creando inventos nuevos con los que dominar la naturaleza. “Prefiere a la vida razones para vivir, el hombre se ha impuesto como amo frente a la mujer; el proyecto del hombre no es repetirse en el tiempo: es reinar sobre el instante y forjar el futuro”, sentencia. Y este es otro de los puntos más endebles del libro: su idea de “trascendencia” no trasciende, sin embargo, el paradigma judeocristiano de desprecio hacia la vida y obediencia a una salvación que tendrá lugar en el futuro.

Pero estas críticas no restan ni un ápice de valor a esta obra capital y hercúlea que, amén de apuntalar con toda rigurosidad cómo no hay una esencia “mujer”, lanza un mensaje que todavía no hemos aprendido, a saber: que la igualdad no beneficia solo a las mujeres, sino también a los hombres. ¡Libertad, igualdad, fraternidad! —

ELVIRA NAVARRO es escritora. Su libro más reciente es *La isla de los conejos* (Literatura Random House, 2019).

Judith Shklar, la pasión de la distancia

ALICIA GARCÍA RUIZ

L

A OBRA DE Judith Shklar (Riga, Letonia, 1928-Boston, Estados Unidos, 1992) bastaría por sí sola para incluirla sin pestañear en el elenco de las mejores contribuciones a la teoría política del siglo XX.

Pero sucede, además, que fue una mujer notabilísima: se desempeñó como la primera catedrática del Departamento de Ciencia Política de Harvard y posteriormente fue la primera presidenta de la Asociación Estadounidense de Ciencia Política. Siempre se resistió, no obstante,

a ser valorada por el mérito de representar “la primera mujer” en hacer esto o aquello, sobre la base de que lisonjear a una mujer capaz como si fuera algo excepcional no es hacerle un favor sino expresar la incapacidad de reconocer que una mujer preparada no es ningún milagro. A pesar de todo, su extraordinario carácter y la férrea solidez de su trabajo teórico hacen de ella un referente para el pensamiento hecho por mujeres, que tan necesaria restitución está teniendo hoy día. Precisamente por haber sido poco conocida por el gran público en español tiene todo el sentido del mundo empezar a hablar más y mejor sobre ella, por su relieve personal pero también, y sobre todo, por la agudeza de sus reflexiones para comprender importantes retos políticos actuales, como la capacidad de respuesta institucional al malestar social o los desafíos autocráticos a la democracia liberal.

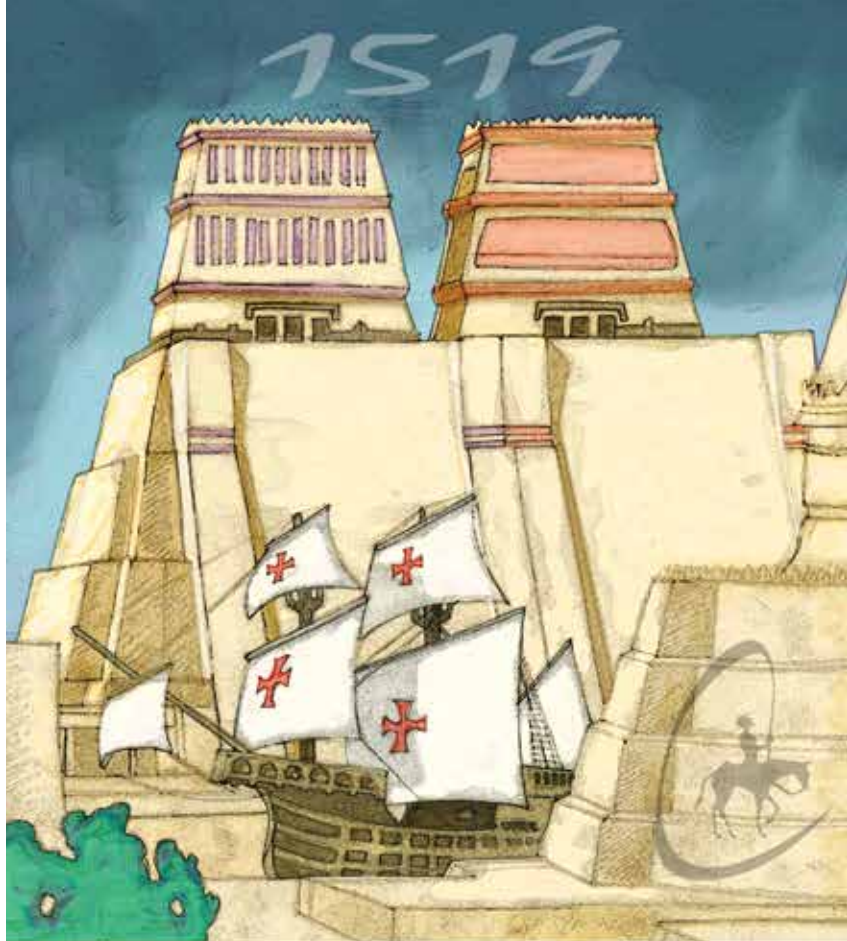
En relación con su temperamento intelectual, disponemos de una fuente de primera mano en el texto autobiográfico “A life of learning”,¹ de gran valor informativo si tenemos en cuenta que su opinión usual sobre este tipo de escritos era que estaba demasiado ocupada como para pensar sobre ella misma. Cuando por fin aceptó hacerlo, como es inevitable en un libro homenaje, inició su texto con una autodefinition muy expresiva: “Siempre he sido un ratón de biblioteca.” Que eligiera ese comienzo es entrañable y exacto, pues define desde luego su estilo filosófico y docente, en el que prima el uso de una excepcional erudición al servicio de una creatividad desbordante. Shklar leía (y hacía leer a sus estudiantes) a autores como Cicerón, Montaigne, Rousseau, Montesquieu o Hegel, por citar algunos de los grandes con los que se medía, como solo pueden leer quienes dominan el arte de la lectura reconstructiva, esto es, a contrapelo de las tradiciones e interpretaciones ortodoxas, haciéndolos revivir en el tiempo presente bajo la perspectiva de una pregunta certera dirigida a ellos (qué es una injusticia, qué razones hay para la obediencia, qué vicios son tolerables e intolerables en la vida pública...) y desvelando así en estos autores significaciones inesperadas, de una enorme relevancia práctica. La aproximación que defendía en sus clases era la de enseñar a estos autores “como si fuera un precioso regalo que das a cada nueva generación de estudiantes, con la voluntad de releerlos una y otra vez, porque en cada lectura se revelan nuevas posibilidades, nuevas percepciones e ideas inesperadas”.

¹ J. Shklar, “A life of learning” en Bernard Yack (ed.), *Liberalism without illusions. Essays on liberal theory and the political vision of Judith N. Shklar*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

Esa capacidad de ser original y de traer clásicos al presente convirtiendo el conocimiento histórico en actualidad es lo que determina en gran medida el atractivo y utilidad que sigue teniendo hoy para nosotros el pensamiento de esta autora. Como señalaba hace ya casi veinticinco años Bernard Yack, uno de sus más notables discípulos, Judith Shklar desempeñó un papel central en la revitalización del pensamiento liberal en la segunda mitad del siglo xx, en un momento en el que “nuevas circunstancias políticas estaban desafiando a los teóricos liberales a la hora de pensar creativamente sobre un conjunto de problemas asociados con la identidad, el pluralismo y la comunidad nacional que sus predecesores ignoraron o dieron por sentado”.² Hoy, transcurridas más de dos décadas desde que Yack la situara en el centro de esos debates sobre los que aún estamos girando, Shklar retorna para prestar de nuevo un valioso servicio en el último giro de tuerca del desafío al liberalismo político: la aparición de supuestas “democracias iliberales” que pretenden deshacerse de las instituciones surgidas del impulso político liberal. Lo hace atendiendo a cuatro frentes que definen el conjunto de las preocupaciones que aborda en su trabajo, que paso a caracterizar de un modo necesariamente breve.

En primer lugar, Shklar se ocupa de una perspicaz reflexión sobre psicología político-moral que nos proporciona claves cruciales para orientarnos en el proceloso terreno del papel de las emociones en la vida política contemporánea. Se podría considerar que esta reflexión está imbuida de una extraña y sugerente sensibilidad republicana: importa, y mucho, para la vida pública tomar en consideración cómo es la vida emocional-moral cotidiana de sus ciudadanos. Pero lo que Shklar pretende no es hacer un repertorio de virtudes excepcionales sino de vicios ordinarios que, como la gota que cava la piedra, erosionan diariamente los fundamentos de la convivencia común. Más que en un repertorio de virtudes ejemplares y modelos de comportamiento, la autora penetra con su mirada en los comportamientos inconfesables e inconfesados de cada cual, analizando qué consecuencias públicas pueden tener tales comportamientos poco ejemplares en el plano privado. La originalidad de su enfoque reside en que, para nuestra sorpresa, no todos los vicios resultan disfuncionales para la vida en común: la hipocresía o la misantropía pueden desempeñar un cierto papel en contener los excesos expresivos en el debate público o en la articulación de una saludable fiscalización de la política, especialmente cuando esta se presenta a sí misma como ejemplarmente virtuosa. Como sucede con los venenos y las medicinas, la cuestión estriba en la dosis y en la combinación acertada de

2 B. Yack, *ibid.*, p. ix.



Los relatos del Encuentro México siglo XVI

XXIX COLOQUIO CERVANTINO INTERNACIONAL
22-24 MAYO 2019 GUANAJUATO, MÉXICO

VIII Jornadas Artísticas Cervantinas

Christian Duverger, Beatriz Aracil Varón, Antonio Aimi,
Bernard Lavallé, Patrick Johansson Kéraudren,
María Castañeda de la Paz, Michel R. Oudijk,
Rodrigo Martínez Baracs, Luis Barjau,
Miguel Zugasti, Alberto Ruy Sánchez

Concierto de clausura
Orquesta del Conservatorio de Celaya
Compositor y director: Juan Trigos

CONTACTO

Manuel Doblado #1, Col. Centro C.P. 36000. Guanajuato, Gto., México
e-mail: mquijote@guanajuato.gob.mx
01 (473) 73 261 17, 01 (473) 73 233 76, 01 (473) 73 267 21



Museo
Iconográfico
del Quijote



los elementos en juego. El libro de Shklar *Vicios ordinarios*³ es ante todo una guía para perplejos: muestra que es posible que haya que tolerar vicios cotidianos para no promover un uso desviado de la virtud pública que podría degenerar en un abuso de poder, pero sin duda hay vicios como el desprecio o la crueldad que destruyen la convivencia. El interesante sujeto moral retratado por Shklar no es de una sola pieza, sino que posee múltiples rasgos de personalidad que pueden jugar o no a favor de una ética pública. Puede haber, de hecho, “buenos liberales con mal carácter”, aguafiestas sistemáticos que en la suspicaz vigilancia de sus derechos hagan un favor a todos vigilando por los de los demás. Conviene no confundir esta posición con un libertarismo, que Shklar consideraría una forma blanda de autoindulgencia. Ser liberal no es gritar “liberticidio” cada dos segundos sino el esforzado aprendizaje de que el mundo moral es intrínsecamente plural y de que “lejos de ser una amoral forma de libertad para todo, el liberalismo es extremadamente difícil y limitante, una práctica demasiado exigente para aquellos que no pueden soportar la contradicción, la complejidad, la diversidad y los riesgos de la libertad”.⁴

En segundo lugar, en *Los rostros de la injusticia*⁵ encontramos una potente teorización del concepto de injusticia, mediante el análisis de las fuentes contemporáneas de ira y protesta y del desafío que supone la extensión por el sistema social de un sentimiento de injusticia frente al cual los enfoques jurídico-políticos tradicionales de la justicia deben dar una respuesta contextual para la que no están bien equipados. La suya es una necesaria reconsideración sobre los límites y alcance del concepto de justicia en la teoría política y moral, que enfatiza las *circunstancias prácticas* de la injusticia por encima de las *condiciones teóricas* de la idea de justicia. Frente al alto grado de abstracción que presentan la mayoría de las teorías formales de la justicia, la perspectiva de la autora penetra

con inusual sensibilidad en la experiencia práctica ciudadana, acentuando la educación o el entrenamiento de una mirada política capaz de percibir los contextos prácticos de injusticia cotidiana que los instrumentos normativos no logran apreciar.

En tercer lugar, es ya un clásico su breve texto *El liberalismo del miedo*,⁶ en el que acomete una reformulación contemporánea del liberalismo, situando el acento sobre los rasgos más genuinamente políticos del liberalismo frente a una interpretación de tipo economicista y cargada de optimismo histórico. El liberalismo en el que piensa Shklar no es un programa político caracterizado por la idea de progreso sino más bien una estrategia de resistencia. En una época en que la idea de futuro ha entrado definitivamente en crisis, la mirada

de Shklar se dirige con acierto hacia los desastres del pasado. A su juicio, solo esta conciencia histórica desengañada permite construir diques de contención frente a las formas más temibles de abuso de poder, que en la época actual se ejercen mediante mecanismos de exclusión política,⁷ económica y social sostenidos por una violencia cotidiana casi institucionalizada. Su liberalismo sin ilusiones es un severo autocorrectivo a la autocomplacencia y la bajada de guardia de los libera-

lismos más optimistas, ensimismados en el sueño de una época de relativa paz social y desarrollo supuestamente asegurada por el idilio liberal (o matrimonio de conveniencia, en palabras de la autora) con la democracia moderna.

Finalmente, en cuarto lugar, sus últimos años de trabajo, truncados por su temprana muerte, estuvieron ocupados en la fascinante elucidación de los tipos de obediencia y lealtad posibles en los hipercomplejos sistemas políticos contemporáneos, intereses que remata con el estudio de caso de una situación límite en términos de la vinculación entre sujetos y normas: la condición de exilio o desplazamiento forzado, que presiona



3 J. Shklar, *Ordinary vices*, Boston, Belknap Press of Harvard University Press, 1984. *Vicios ordinarios*, traducción de Juan José Utrilla, Ciudad de México, FCE, 1990.

4 J. Shklar, *ibid.*, p. 5.

5 J. Shklar, *Los rostros de la injusticia*, traducción de Alicia García Ruiz, Barcelona, Herder, 2010.

6 J. Shklar, *El liberalismo del miedo*, traducción de Alberto Ciria y Ricardo García Pérez, Barcelona, Herder, 2018.

7 La exclusión social, política y económica como fracaso de la ciudadanía considerada de un modo meramente formal es expuesta de modo ejemplar en J. Shklar, *American citizenship. The quest for inclusion*, Boston, Harvard University Press, 1998.

Leer para
aprender



y desestabiliza todo lo que tradicionalmente asumimos sobre el compromiso normativo asociado a la noción de ciudadanía. El interés de estas cuestiones en el momento actual de auge de nacionalismos excluyentes y de reevaluación de nociones complejas de patriotismo es, sobra decirlo, manifiesto. Resulta también sugerente apreciar cómo en estos ensayos finales, recopilados en inglés este año,⁸ la autora había comenzado a visitar en su madurez asuntos que ya había tocado en sus inicios—el espacio de indeterminación entre la jurisprudencia y la teoría política— en el que, a juicio personal, era su libro favorito, *Legalism*.⁹ Nos queda la pregunta de qué habría llegado a desarrollar de este encuentro entre su juventud y madurez de haber podido hacerlo.

Como puede apreciarse, cada uno de estos ejes sería susceptible de ser abordado en términos positivos y propositivos, como de hecho ha sucedido con frecuencia en la historia del pensamiento político. No fue este, sin embargo, ni el talante ni la estrategia de análisis que adoptó Shklar. Inspirada por Montaigne, la pensadora practicó un coherente y sostenido escepticismo: en el sentido etimológico, una toma de distancia crítica que permite el examen y enjuiciamiento, a través de un uso constructivo de la duda. Su distanciamiento no debe ser considerado una falta de compromiso sino como una forma específicamente filosófica del mismo, el compromiso con la verdad. Como sostuvo Spinoza: “A mí esas multitudes no me incitan ni a reír ni a llorar, sino más bien a filosofar y a observar mejor la naturaleza humana. Yo dejo que cada cual viva según su parecer y, quienes así lo deseen, que mueran por su bien, mientras que a mí me sea lícito morir por la verdad.” Shklar no habría sido proclive, desde luego, a morir por idea alguna y menos aún a que nadie lo haga por ninguna de ellas, pero sí es una partidaria convencida del espíritu de distanciamiento crítico, de la observación de la naturaleza humana en el curso de interacciones cotidianas más que de situaciones excepcionales y del compromiso con la veracidad por encima del deseo. A muchos esto les parecerá frío desapasionamiento, pero también puede interpretarse, mucho más acertadamente, como la práctica de una *pasión tranquila* que, hubiera dicho Hume, es propia de los prudentes: la pasión por la distancia. Si existe tal cosa, Judith Shklar la practicó con maestría. —

ALICIA GARCÍA RUIZ es profesora de filosofía en la Universidad Carlos III. Ha traducido a Shklar. Su libro más reciente es *Impedir que el mundo se deshaga. Por una emancipación ilustrada* (Libros de la Catarata, 2016).

8 J. Shklar, *On political obligation*, Samantha Ashenden y Andreas Hess (eds.), New Haven-Londres, Yale University Press, 2019.

9 J. Shklar, *Legalism. An essay on law, morals and politics*, Boston, Harvard University Press, 1964. Reimpreso como *Legalism. Law, morals, and political trials*, 1986.



fenal30

Feria Nacional del Libro de León

26 abril al 05 mayo

En Poliforum León · Entrada libre

  @FeNaLmx

fenal.mx

 FeNaLOficial

 **CULTURA**
SECRETARÍA DE CULTURA

 Instituto
Cultural
de León

León
Cada vez mejor
Juntos somos más

 Universidad
De La Salle
Bajío